

fuertes, el pan de los débiles, el pan de los justos, el pan de los pecadores reconciliados.

Ved aquí, como el sacramento de la Eucaristía no puede ser sino obra de Dios, obra del amor divino. Dios es todo amor, y el que vive en el amor, vive en la verdad, porque vive en Dios, y Dios en él. Por esto creo, porque amo; creo, porque necesito creer, porque tengo hambre de ese pan, único que puede saciar al alma. Por esto mi corazón se entrega sin desconfianza al amor que Dios nos profesa, porque encuentra en ese amor su alegría, su descanso en la tierra, y en él espera conseguir la felicidad eterna del cielo. Amen.

EUCARISTIA.

(SACRIFICIO.)

IV.

Melchisedech rex Salem, proferens panem et vinum, erat enim sacerdos Dei Altissimi, benedixit et.

Melquisedec rey de Salem, presentando pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo, le dió su bendición.

(GEN. XIV, 18.)

¿Sabeis, hermanos míos, quien es este sacerdote de un orden tan nuevo, cuyo nombre misterioso significa rey de la justicia; cuyo reino feliz es el reino de la paz; cuyo ministerio es tan elevado, como que se llama el sacerdote por excelencia del Altísimo: *Erat enim sacerdos Dei Altissimi*; sacerdocio tan eficaz, que colma de bendiciones al mismo Abraham, en quien todas las naciones debían ser bendecidas: y, sin embargo, ofrece un sacrificio tan sencillo, una víctima tan vulgar, y una ofrenda tan comun, como que solo ofrece pan y vino?

No es difícil conocerlo. En estos rasgos es imposible no reconocer trazado en Melquisedec, la figura profética, el tipo animado, la imagen perfecta de Jesucristo, el verdadero rey de la justicia, el verdadero príncipe de la paz, el verdadero y único sacerdote del Altísimo,

como que es Dios en sí mismo; el cual, en su última Cena, ofreció el pan y el vino, y á quién, por lo último, siguiendo los testimonios de David y de S. Pablo, la Iglesia proclama el verdadero sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec. Fuera de esto; si el sacerdocio recibe su dignidad de la excelencia de la víctima que inmola, y del valor del sacrificio que ofrece, es imposible no reconocer en el pan y vino consagrado por Jesucristo y por los sacerdotes de la verdadera Iglesia, una víctima real, un verdadero sacrificio de su cuerpo y de su sangre, puesto que la simple figura de esta víctima y de este sacrificio, hizo en la Escritura tan célebre, tan grande, tan noble y tan augusta el sacerdocio de Melquisedec, rey de Salem.

Dejemos, pues, á los herejes, que violentando la revelación y la razón, blasfemen, que en el pan y en el vino consagrados, no hay más que pan y vino bendito, no hay sino un simple recuerdo, una figura estéril y vana de la pasión del Señor; nosotros, fieles á la tradición, á la fé universal y constante de la Iglesia, apoyada en la Sagrada Escritura, vamos á considerarlos hoy, como *verdadero y único sacrificio de la nueva ley*, y procuremos conocer, en cuanto cabe, su grandeza, su dignidad y su excelencia, á fin de alentarnos á ofrecerlo con mayor devoción, y aplicarlo con más fervor, para conseguir sus copiosos frutos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es opinión unánime, confirmada por el antiguo Testamento y el Nuevo, la tradición judaica y la tradición cristiana, que Melquisedec es la verdadera figura de Jesucristo: porque por boca de David, el eterno Padre dijo á su Hijo el Mesías: «Tú eres sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec;» y S. Pablo, al hacer un magnífico elogio del rey de Salem y de su sacerdocio, declara explícitamente, que fué una imagen perfecta del Hijo de Dios hecho hombre: *Assimilatus est Filio Dei* (HEBR. VII). Pues bien, como no se concibe, que la verdad sea inferior á la figura, si la ofrenda del pan y del vino, hecha por Melquisedec, era un sacrificio, con mucho mayor motivo debe decirse, que fué un verdadero sacrificio la consagración del pan y del vino, hecha por Jesucristo en la última Cena. Admirémos, con los Padres de la Iglesia, testigos de la tradición, la excelencia del sacrificio de la Eucaristía, simbolizada veinte siglos ántes en la ofrenda de Melquisedec. Los Padres convienen en estas dos ideas: 1.^a que la ofrenda de Melquisedec fué un verdadero sacrificio; y 2.^a que este sacrificio fué un anuncio profético del sacrificio eucarístico. Respecto á lo primero, no es único el testimonio de los Padres de la Iglesia; los mismos rabinos judíos, en su antiguo libro, de *Beresith Ra-*

ba, reconocen, que la ofrenda de Melquisedec fué un verdadero sacrificio. Veamos, sino, en qué consiste el sacrificio. El sacrificio es: «La ofrenda de una cosa exterior y sensible que hace á Dios un sacerdote legítimo, ofrenda por la cual la cosa ofrecida, ó se convierte exteriormente en otra, ó se inmola, ó se consume, ó se destruye, y con este rito se quiere significar, que la criatura racional se somete al dominio absoluto de Dios, y tributa al Señor el oculto supremo de la vida.» Con efecto, al ofrecer á Dios una cosa, lo reconocemos como Criador y Señor de todas las cosas. Al inmolarla, al consumirla y al destruirla, confesamos, que Dios, que todo lo ha criado de la nada, no ha menester nuestros bienes exteriores; que nosotros, reconociéndole único Señor de nuestra vida, no queremos abusar de ella, sino consagrarla, como la hostia que le ofrecemos, á su gloria, y que estamos dispuestos á darla por él cuando nos lo exija; y, finalmente, que como pecadores, nos creemos indignos de la vida, y nos consideramos obligados á sacrificarla á Dios; pero como el Señor no quiere que nos quitemos la vida por nuestra mano, por eso le sustituimos otras víctimas, que mueren en lugar nuestro, y con su muerte, creemos satisfacer á su justicia, é imploramos los auxilios de su misericordia. ¿Qué hizo pues el Señor en su última Cena? Consagró por separado el pan y el vino; esto es, separó él mismo su sangre de su cuerpo. Y ved aquí una verdadera inmolation, en la que la sangre se separa del cuerpo de la víctima. Encerró todo su cuerpo en cada partícula del pan, y toda su sangre en cada gota de vino; esto es, se reconcentró y se anonadó, en cierto modo, á sí propio, ocultando á los sentidos, no solo su divinidad sino aún su humanidad, haciéndose imperceptible, y colocándose, en cierto modo, en estado de muerte; porque, exceptuando la fé, que merecía su palabra, nada anunciaba que estuviese allí presente; nada se revelaba allí, como si nada de él allí existiese. Ved aquí, pues, una muerte mística é inefable de la víctima; y relativamente á los sentidos, presenta los caracteres de su completa destrucción. Todo esto lo hizo el Señor, dando gracias á su eterno Padre, honrándole y glorificándole como á su Dios, y, al propio tiempo, hizo este sacrificio de sí mismo por los hombres; porque por ellos declara, que inmola su cuerpo y derrama su sangre, á fin de que se perdonen los pecados de los hombres, y consigan éstos la reconciliación y la gracia divina. Ved aquí, pues, en este grande y misterioso acto de Jesucristo el verdadero sacerdote eterno, el único digno de tributar culto á Dios; porque él mismo es Dios, que, de una manera inefable, se sacrifica á sí propio, siendo la única víctima digna de tal sacerdote, y en su cuerpo y en su sangre, oculta bajo unos accidentes tan sencillos,

presenta una víctima consumida y destruida místicamente; es decir, una ofrenda, cuyo objeto es la gloria y el culto supremo de Dios, y cuyo fruto es la expiación del pecado, la reconciliación y la santificación del hombre. Ved aquí, pues, un verdadero sacrificio, sacrificio grande, magnífico, sublime.

Sin embargo, la ofrenda de Melquisedec no es la única figura profética que confunde á los herejes, y expresa perceptiblemente la verdad del sacrificio eucarístico, porque Moisés, que al concluir con Dios la antigua alianza, levantó un altar al pié del Sinaí, y colocó en él doce pirámides, que representaban las doce tribus de Israel; Moisés, que sobre estas doce piedras vertió la sangre de las víctimas inmolidas, diciendo: «Esta es la sangre del Testamento, que el Señor os deja en mandato,» nos proporciona una profecía clara y fiel de Jesucristo, que, en la última Cena, rodeado de los doce apóstoles, piedras fundamentales, padres y representantes de todo el pueblo cristiano, les dió á beber su propia sangre; y para no dejar duda, de que el antiguo rito mosaico fué una figura que se realizaba en el nuevo, repitió las palabras de Moisés, diciendo á los apóstoles: «Esta es mi sangre del Nuevo Testamento.» Y notad, añade S. Juan Crisóstomo, que así como Moisés dijo: «Está será para vosotros una memoria perpétua,» Jesucristo dijo, igualmente: «Haced este sacrificio en memoria de mí.» Moisés hizo sobre las doce tribus, representadas en las doce piedras, una aspersion de verdadera sangre. Nadie se atreverá sin duda á suponer, que en la estipulación de la nueva alianza hubo ménos verdad que en la estipulación de la antigua, y que la realidad se quedó inferior á la figura; y por lo tanto, es muy claro, que al realizar Jesucristo esta su nueva alianza, debió dar también á sus apóstoles una sangre verdadera.

Se preguntará, tal vez, ¿qué necesidad tenía el Señor de ofrecer este nuevo sacrificio de sí mismo, tan misterioso, tan oculto y tan incomprendible, ya que poco despues debia ofrecerse á sí propio en sacrificio público y visible sobre la cruz? ¡Ay! la crucifixion fué un verdadero sacrificio; pero la sentencia de Pilatos hizo que se tuviese como una muerte forzosa, y el furor de los verdugos la convirtió en las apariencias de un castigo merecido. En este sacrificio, el sacerdote tomó las apariencias de reo, la inmolation se consideró una pena, y el altar como un patíbulo. Por esto el sacrificio figurativo y profético de Moisés no se cumplió, rigurosamente hablando, en el sacrificio de la cruz, sino en el sacrificio eucarístico. No quiso el Señor, que se dudase un momento de la libertad con que habia hecho su inmolation. No esperó que la traición de Judas, el odio de los judíos y la injusti-

cia de Pilatos se amasen contra él, é hiciesen creer, que habia sido sacrificado contra su voluntad. No quiso que la malicia y los delitos de los hombres, que sus manos impuras y sus sacrilegas lenguas deshonrasen un sacrificio, que se debía ofrecer puro, como el olor de un incienso, en presencia de Dios, y que debía ser el principio y la causa de la salvacion de los hombres. Y para demostrar, que ni los obstáculos naturales pueden limitar su poder, ni los delitos de los hombres poner coto á su misericordia, en uso de la sabiduría con que todo lo prevé, y de la independencia con que todo lo dispone, segun su voluntad, se anticipó al sacrificio de la cruz; y ántes de ofrecerlo de una manera pública y solemne, lo ofreció de un modo oculto y misterioso: y se sacrificó realmente por nosotros por medio de una inmolacion invisible, pero verdadera, en un secreto más grande aún que el del templo, en un altar más puro que el altar de oro erigido en el santuario; siendo él mismo víctima y sacerdote, sacrificador y sacrificio, cordero inmaculado de Dios, que quita los pecados del mundo.

Por lo tanto, la Cena eucarística fué el mismo sacrificio de la cruz; solo variaron el rito y las circunstancias de las dos ofrendas; fué el mismo sacrificio, pero incruento, siendo así que el de la cruz fué sangriento; fué el mismo sacrificio, pero prevenido, anticipado, misericordioso, oculto, ajeno á la injusticia y á la crueldad de los hombres; sacrificio ofrecido al Padre, con una entera libertad interior y exterior, con una caridad pura y perfecta, en la que la violencia de los hombres no tenia parte alguna; en la que el verdadero Moisés recogió su propia sangre en un cáliz, dió verdaderamente la carne de la víctima y su sangre á los discípulos, y perfeccionó de antemano el sacrificio de la cruz, que, de otra suerte, no hubiera tenido más que la inmolacion sin la comunión; es decir, sin la prueba esencial de que la reconciliacion estaba cumplida. Fué, por lo tanto, la Cena eucarística un sacrificio real, que, sin la inmolacion visible que tuvo efecto en el sacrificio de la cruz, tuvo todo su mérito, toda su eficacia, toda su santidad y su perfeccionamiento completo. Este misterio no fué un acto pasajero, sino una institucion permanente: no fué un sacrificio ofrecido una sola vez, sino un sacrificio establecido para siempre, que se habia de renovar en la Iglesia, hasta la consumacion de los siglos; pues como el Señor debía hacer, que desapareciese muy pronto de nuestra vista el cuerpo, que habia tomado entre nosotros, fué preciso que nos dejase la facultad de reproducir el sacramento de su cuerpo y de su sangre, á fin de prestarle un culto permanente, por medio del mismo misterio que se ofreció una vez en precio de nuestro rescate. Quiso tambien, que, siendo diaria y continua la necesidad

que tiene el hombre de la redencion, fuese tambien continuo y perpetuo el sacrificio que aplicase su fruto.

Despues que el Hijo de Dios hubo dado la comunión á sus discípulos, les dirigió estas palabras sencillas y sublimes: «Esto que me habeis visto hacer ahora, os mando que lo hagais vosotros en mi memoria con estas palabras: Haced vosotros tambien esto,» les comunicó, sin limitacion ni reserva alguna, la potestad de hacer lo mismo que él habia hecho, el poder de que le habian visto hacer uso: es decir, el poder de convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, el poder de continuar el sacrificio mismo que él habia comenzado, y de ofrecerlo por los mismos fines por que lo habia ofrecido él mismo; es decir, por la gloria de Dios y por la santificacion y la salvacion eterna de los hombres. Y como no podian sacrificar la misma víctima ni ofrecer el mismo sacrificio, sin estar asociados al mismo sacerdocio, y como era preciso que fuesen sacerdotes como él, para sacrificar como él, por esta razon, con las mismas palabras, llenas de la virtud del Dios que las pronunció, constituyó y consagró á los mismos apóstoles como verdaderos sacerdotes de la nueva alianza.

2. Dice el apóstol S. Pablo, que este sacrificio fué instituido para siempre, hasta la consumacion de los siglos. *Donec veniat*. Y como un sacrificio perpetuo exigia un perpetuo sacerdocio, con las mismas palabras con que instituyó sacerdotes á los apóstoles, les dió el poder de crear y de consagrar á otros sacerdotes, para que perpetúen el sacrificio de la nueva y eterna alianza, hasta que el mismo Jesucristo ponga fin á este mundo en su segunda venida. Ved aquí, pues, establecido en la Iglesia un sacerdocio nuevo, mucho más noble que el antiguo, porque está destinado á ofrecer un sacrificio más augusto, y porque no depende de una sucesion carnal, sino que se reproduce por la consagracion divina, en virtud de la palabra inmutable, omnipotente y fecunda de su divino Fundador. Mas, ya que en fuerza de estas palabras omnipotentes del Hijo de Dios, se estableció este nuevo sacerdocio, claro está que se abolió perpetuamente el antiguo, y con el antiguo sacerdocio quedaron tambien abolidos para siempre los sacrificios antiguos; pues parece que al decir el Señor: *Haced esto en mi memoria*, significó lo siguiente: «La memoria de mi sacrificio futuro se ha conservado viva hasta ahora en la mente de los hombres, por medio de los sacrificios de los bueyes y de los corderos; pero la memoria de mi sacrificio pasado permanecerá siempre viva en ellos de otro modo muy distinto. Se perpetuará, reproduciendo el sacrificio de hoy, á que he dado principio en este instante, para que vosotros lo continueis siempre.» Los primeros sacrificios subsistieron hasta la

muerte de Jesucristo, y el segundo durará hasta que él vuelva del cielo á juzgar á los hombres. La verdad del sacrificio de Jesucristo puso término á los que eran su figura, y la perfeccion del sacrificio manifiesto del mismo Salvador en el cielo, pondrá término al sacrificio oculto y misterioso de la Eucaristía, que se ofrece en la tierra. Y ¡cuán consolador es para nosotros, mientras llega el día de contemplar frente á frente en el cielo á este Dios Salvador, poseerle escondido en su sacramento en la tierra! ¡Qué dicha para nosotros, mientras este Esposo amado de las almas se nos presenta invisible, poder participar de su sacramento, de su sacrificio, en el cual nos dá una prenda perpétua de la verdad de sus promesas, siendo el preludeo y las primicias de la felicidad y de la gloria que habrá de otorgarnos despues del juicio!

3. La palabra *Eucaristía* significa *accion de gracias*, y por lo tanto, el sacrificio del altar se llama *eucarístico*, porque es por excelencia la accion de gracias; y la primera vez que fué ofrecido por Jesucristo, lo fué para dar la más sublime y más perfecta accion de gracias á Dios, por la dignacion infinita que tuvo en salvar á los hombres.

Es tambien un sacrificio *propiciatorio*, ó sea, de expiacion por los pecados; pues el mismo Jesucristo dijo al instituirlo: Esta es mi sangre, que por vosotros se derrama para la remision de los pecados. Por esto la Iglesia, segun consta en la tradicion universal, confirmada por los concilios y por los padres, ha creido siempre y cree, que el sacrificio eucarístico tiene una eficacia infinita para el perdon de los pecados, y por eso lo ofrece, no sólo en general por los pecados del pueblo cristiano, sino en particular por los pecados de cada uno de los cristianos, que imploran su auxilio.

Y además de ser propiciatorio para los vivos el sacrificio del altar, lo es tambien para los fieles difuntos, por las culpas que están expiando en el Purgatorio. Por esto la Iglesia, desde los tiempos de los apóstoles, ha ofrecido siempre el sacrificio eucarístico, aún por los fieles que han muerto en la santa comunión de la gracia.

Por último, el sacrificio de la misa es tambien *impetratorio*; y en efecto, ¿qué gracia puede negar Dios á la mediacion de su mismo Hijo, que en este sacrificio se constituye, lo propio que en el cielo, en nuestro intercesor y abogado? Y ¿qué gracia podria pedir en vano para nosotros aquel, que, al mismo tiempo que tiene la naturaleza humana como nosotros, para quienes pide la gracia, es *uno*, por la naturaleza divina, con el que ha de concedérsela? Las preces constituyen una de las partes más principales de la liturgia de la

misa. Estas preces admirables solo han podido ser inspiradas por el Espiritu Santo, verdadero doctor, verdadera alma de la Iglesia. En estas preces, no olvida la Iglesia las necesidades, ni exceptúa ninguna condicion de los simples fieles, ni de todo el pueblo cristiano reunido. Ruega por la conversion de los pecadores y por la perseverancia de los justos, por la enmienda de todos los vicios y por el aumento de todas las virtudes; por todas las necesidades del alma, por todos los auxilios del cuerpo, por la prosperidad temporal, y por la consecucion de la bienaventuranza. En este sacrificio pone su confianza el cristiano, puesto que le proporciona los auxilios y la gracia, con que vence sus miserias y su debilidad, y la Iglesia universal recibe de este sacrificio su propagacion, sus triunfos y sus virtudes.

En el sacrificio eucarístico se honra á Dios, se tributa á su majestad infinita el culto supremo que se le debe, se ofrece la más cumplida accion de gracias á su bondad, se implora y se consigue el perdon del pecado, se piden y se obtienen todos los auxilios y todas las gracias. Se honra á la Virgen, madre de Dios, á los ángeles y á los santos, renovándose su memoria, perpetuándose el recuerdo de sus virtudes, de sus méritos, sus triunfos y las gracias de que Dios los llenó, é implorándose su intercesion para con Dios. Pero mientras la Iglesia militante honra de este modo á la Iglesia triunfante, y se ofrece á Dios por Jesucristo, á fin de dar honor á Dios y santificarse á sí propia, hace descender, por medio del augusto sacrificio, el alivio sobre la Iglesia purgante; en su consecuencia, el sacrificio eucarístico es el lazo que une, es el altar y el punto en que se encuentran las tres Iglesias: *militante, triunfante y purgante*; en que se relacionan y favorecen mutuamente; y unidas en Jesucristo, y animadas por el mismo espiritu, realizan el gran misterio de la *comunion de los santos*. Por último, al pié del altar, y al tiempo en que se ofrece el sacrificio eucarístico, todos los fieles de una misma Iglesia, y todas las iglesias esparradas por el mundo, repitiendo el mismo simbolo y las mismas oraciones, rogando por el mismo pastor, y ofreciendo por iguales fines la propia victima; confiesan la identidad de deberes, practican el mismo culto, reconocen una misma cabeza y se unen á un centro comun. La misa es, por lo tanto, la que une, las ovejas con el pastor, la esposa con el esposo; la misa es el vinculo de la armonía católica, la regla viviente, y la enseña visible de la unidad de la Iglesia.

Tal es el inefable y sublime sacrificio del altar, objeto de tantas invectivas, de tantos sarcasmos y de tantas blasfemias por parte de los herejes, los cuales, despues de abolirlo entre ellos, desearian que fuese abolido en la verdadera Iglesia. Pero ¡oh impiedad tan sacrilega

como absurda! el sacrificio es la base, la dignidad, el vínculo, el signo augusto de la religion. No puede haber religion sin sacrificio. Por eso comenzó el sacrificio en el mundo con la religion, es decir, con el mundo.

No se diga, empero, que el sacrificio de la cruz, ofrecido una vez en el Calvario, fué bastante para todos y para siempre, y que el cristiano no necesita más que recordar á sí mismo y á Dios este gran sacrificio, para santificarse y tributar al Señor el culto que se le debe. Es indudable, que el sacrificio de la cruz bastó para siempre y para todos: en este punto, nosotros llevamos la creencia más allá que los herejes. Nosotros creemos, que todos los ritos y las ofrendas religiosas hechas á Dios por los hombres, que permanecieron fieles á las leyes primitivas, ántes y despues de la ley escrita, fueron agradables á Dios, tomaron su eficacia y su virtud *latréutica, eucarística, expiatoria é impetratoria* del mérito infinito del sacrificio de la cruz; porque, el hombre no ha podido hacer cosa alguna agradable á Dios, ni que fuese digna de Dios, no ha podido recibir nada de Dios, en orden á la gracia y á la salvacion, sino en Jesucristo y por Jesucristo. Pero como, á pesar de esto, hubo en la ley antigua verdaderos sacrificios, que, si bien de una manera material y corpórea, figuraban y hacian perceptible, y aún, en cierto modo, anticipaban y renovaban de continuo el sacrificio futuro de la cruz, explicaban el mérito y conseguian el fruto de él; así tambien, debe haber en la ley nueva un verdadero sacrificio que, de un modo más espiritual, más noble y más perfecto, no solo *recuerde*, sino que *repita* y renueve de continuo el sacrificio ya consumado de la cruz, y aplique su mérito y obtenga sus frutos de un modo más espiritual, más noble y más perfecto.

Por esta razon, la Eucaristía es la gloria de la Iglesia, el consuelo, la delicia de las almas fieles, el más rico ornato y el verdadero tesoro de los sagrados templos. ¿Qué seria del mundo, sino estuviese Jesucristo corporalmente en él, por medio de su sacramento? ¡ Ah! la Eucaristía es lo mejor, lo más augusto y lo más precioso que hay en la tierra. El sacramento del altar conserva al mundo y lo hace tolerable á la divina justicia, á pesar de las supersticiones que lo degradan, los errores que lo envilecen, los vicios que lo desfiguran y los pecados de todo género que labran su deshonra. El sacrificio eucarístico, que la Iglesia, esparramada por todo el mundo, ofrece de continuo al cielo por todos los pecados de la tierra; la presencia real y permanente de Jesucristo en este misterio; aplaca la ira de Dios, y conmueve su misericordia, contiene sus castigos y alcanza la gracia y el perdon.

Procuremos, por consiguiente, corresponder con nuestro agrade-

cimiento á tantos beneficios y á tanto amor. Visitemos muchas veces á Jesús sacramentado en los sagrados templos. Dirijámonos con frecuencia en busca de nuestro amoroso Salvador, en el misterio en que se ha hecho el compañero de nuestro destierro y nuestro único consuelo en este mundo. Cercenemos una hora cada dia á las inútiles conversaciones y á las reuniones peligrosas con los hijos de los hombres, para prestar homenaje al Hijo de Dios y tratar con él, más bien con el corazón que con la lengua, de las pequenezes de nuestra alma, del negocio de nuestra salvacion eterna. ¡Felices nosotros, si ciframos nuestra gloria y nuestras delicias en concurrir á la santa casa del Señor, el templo sagrado, donde el Señor reside corporalmente en su sacramento, para permanecer, en cuanto quepa, en su compañía! Esta union de fé, de confianza, de afecto y de mérito con el Dios Salvador, nos dará gracia, fortaleza y dulzura; nos hará felices en el tiempo, y nos asegurará su consorcio de gloria, de alabanza y de felicidad en la gloria, que os deseo. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

EUCARISTÍA, ALIMENTO DEL ALMA.—No hay alimento que Jesucristo nos ofrezca con tanto amor.

No hay alimento que Jesucristo nos ofrezca con tanto desinterés.

No hay alimento del cual debemos temer tanto vernos privados.

EUCARISTÍA, ALIMENTO DEL ALMA.—Es un alimento que nos proporciona un paraíso en el alma, y no permite que nos separemos de ella.

Es un alimento que nos dispone para la vida futura, haciendo que muramos para nosotros mismos.

Es un alimento adecuado á la gracia que Jesucristo nos dispensa, de hacernos partícipes de su divinidad.

EUCARISTÍA, ALIMENTO DEL ALMA.—Es un alimento que devuelve todas las fuerzas á nuestra alma.

Es un alimento que nos hace digerir todos los demás alimentos espirituales.

Es un alimento que nos infunde horror contra todos los incitativos de la concupiscencia.

EUCARISTÍA, ALIMENTO DEL ALMA.—Es un alimento que excita en nosotros los movimientos de la gracia.